

Crimen y resurrección de los indios de las Américas

Durante las sesiones del Cuarto Tribunal Russell, dedicado a los derechos de los indios de las Américas, estuvo vacía la silla del presidente. Mario Juruna, jefe de los indios xavantes «descubiertos» hace veinte años en el Brasil, no había podido viajar a Rotterdam. En el Brasil los indios son, legalmente, menores de edad; y el «tutor» no le daba permiso. En vísperas de la clausura. Mario Juruna, cuerpo inmenso, largo pelo negro, se abrió paso en la sala repleta de público y un trueno de aplausos saludó la victoria de la presión internacional sobre el gobierno brasileño. El «tutor» de Juruna y de todos los indios del Brasil es un organismo llamado FUNAI, teóricamente destinado a la protección de las últimas comunidades indígenas. Lo dirigen dieciséis coroneles y da trabajo a catorce antropólogos.

LA CONQUISTA CONTINUA

EDUARDO GALEANO

1 Por una semana, los jurados asistimos a un incesante desfile de tragedias y maravillas. «Estamos ante un milagro», comentaba Darcy Ribeiro, gran conocedor del tema, y abría grandes sus ojos de diablo. Veíamos y escuchábamos a los sobrevivientes del mayor proceso de aniquilación de la historia humana, que desde el Ártico a la Tierra del Fuego han sido capaces de atravesar sucesivas campañas de exterminio y han perpetuado su identidad y su mensaje. Están vivas sus culturas, que no divorcian al hombre de la naturaleza, y vivas están sus antiguas prácticas de vida comunitaria, fundadas en la solidaridad y no en la codicia. Feroces métodos han sido utilizados para despojarlos de todo, para borrarles el verdadero rostro y para encerrarlos en cementerios, zoológicos y museos. Este grandioso testimonio vivo pone en cuestión el modelo imperialista de progreso, asesino de la tierra y de la gente. De su grandeza profética, mucho tiene que aprender el mundo entero; y muchos son los que deberían empezar por pedir perdón.

2 ¿Quiénes son los salvajes? Este hombre dice: «La tierra no se vende. La tierra es nuestra madre. No se vende a la madre. ¿Por qué no le ofrecen cien millones de dólares al Papa por el Vaticano?». El es un indio *lakota*, uno de aquellos *síoux* que derrotaron al general Custer en Little Big Horn.

¿Quiénes son los civilizados? En 1980, la Suprema Corte Federal considera que «las tribus indias no han sido capaces de administrar prudentemente su propiedad comunitaria, y que los Estados Unidos deben asumir esta tarea». Simultáneamente, el FBI y un grupo policial y militar de operaciones especiales atacan el centro espiritual de Wounded Knee. Dos de

los *síoux* mueren. Poco menos de un siglo antes, en 1890, Wounded Knee había sido el escenario de una famosa matanza del Séptimo de Caballería, que se arrojó sobre los indios mientras estaban orando. En aquel entonces, la clave del ataque estaba en el oro de las Black Hills. Ahora, está en el uranio.

Diversas corporaciones multinacionales han iniciado la explotación del uranio de las Black Hills, en desafiada violación del tratado que reservaba esas montañas a los *síoux* y a pesar de que ellos se niegan a venderlas. Ya hay mineros muertos por las radiaciones y niños que han nacido deformes. El uranio está envenenando los ríos.

3 «Quieren deshacerse de nosotros. Han descubierto mucho carbón en Big Mountain. En nuestra lengua no existe una palabra que signifique *reubicación*. Irse del propio lugar significa desaparecer y no ser visto nunca más». Estas palabras vienen de una vieja del pueblo *navajo*. La empresa Peabody Coal explota el carbón en Big Mountain, donde están las fuentes sagradas que dan de beber a los *navajos* y a los *hopi*. Se repite la historia. Los tratados se hacen humo y el viento se los lleva; se suceden los trucos y las trampas; los indios defienden sus tierras y la Suprema Corte convierte su resistencia nacional en un acto criminal.

En 1966, un par de falsos representantes de los indios *hopi* (dos *ka-hopi*, «ya no *hopi*») firman un contrato con la empresa Peabody autorizándola a explotar la Black Mesa, zona sagrada de sepulcros, tierra que recibe plegarias y brinda agua. El bombeo de las napas profundas, necesario para el transporte del carbón molido, está secando los manantiales.

En 1797, otros dos falsos jefes in-

dios hablan vendido el territorio del estado de New York por mil dólares. Según establecía un tratado oficial, la mayor parte de esas tierras pertenecían a la liga de las naciones *iroquesas*, y los *iroqueses* continúan reivindicándolas. Según un tratado oficial, la mayor parte de esas tierras pertenecían a la liga de las naciones *iroquesas*, y los *iroqueses* continúan reivindicándolas.

4 Un tercio de las reservas de carbón de los Estados Unidos y la mitad de las reservas de uranio están en territorios que los tratados reservaron a los indios. El gobierno borra con el codo lo que con la mano firmó y juró respetar; y las empresas invaden las tierras. Como en toda América, los indios han sido empujados de las tierras fértiles a las tierras áridas, de los valles a las montañas, a lo largo de un incesante proceso de crimen y despojo. Son, ahora, culpables de habitar lugares que contienen petróleo, oro, cobre, uranio, carbón, níquel...

En los Estados Unidos, la población indígena había sido reducida de trece millones a un millón de personas, por obra de las matanzas y las enfermedades desconocidas que vinieron de Europa. Pero en las décadas recientes, los indios estaban creciendo a un ritmo tres veces mayor que el resto de la población estadounidense. Se puso entonces en práctica un programa de esterilización. De cada diez mujeres indias, cuatro han sido esterilizadas. Las amenazan o las engañan; el médico aconseja atar las trompas por razones de salud... A veces, después de la operación se enteran de que ese papel que han firmado deja constancia de su consentimiento en una lengua que no entienden.

5 «Me llamo Pearl Dann. Yo soy una india *shoshone* del oeste de los Estados Unidos. Los Estados Unidos

están robando las tierras sagradas que pertenecen a mi pueblo. Proyectan instalar un gigantesco sistema de misiles en nuestra tierra...»

Se le quiebra la voz. Se detiene. No llora. Y continúa: tierra alta y difícil, tierra amada. El gobierno ofrece veintisiete millones de dólares. El gobierno no entiende que la tierra, fundamento de la religión, madre de las personas, no tiene precio. Los indios temen que el gobierno compre a uno de ellos para firmar por todos.

El proyecto de misiles excavaría un complejo sistema de túneles en el desierto de Nevada. Una obra mayor, se anuncia, que las pirámides de Egipto y la gran muralla china. Para matar al prójimo.

6 Los indios de la *región huasteca*, de México, cambian continuamente sus jefes, para que no los compren ni los secuestren los poderosos ganaderos que arrebatan las tierras de la comunidad y mandan asesinar a su gente. ¿Quién manda? Todos mandan. Los jefes indios son todos los indios.

Las fronteras de las comunidades indígenas mexicanas se borran a tiros. Cinco comuneros del pueblo *mixe*, en Oaxaca, fueron torturados y asesinados hace un par de años, y los matones a sueldo acibillaron, en la Universidad, al abogado que los defendía. Poco después, cayeron dos comuneros del pueblo *p'urhépecha*, en Santa Fe de la Laguna.

7 Hace años, el gobierno de Colombia dijo a las comunidades indias del *valle del Cauca*: «El subsuelo no es de ustedes. El subsuelo es de la nación colombiana». Y acto seguido en-

tregó el azufre a la Celanese Corporation.

Al cabo de un tiempo, surgió en el Cauca un paisaje de la luna. Mil hectáreas de tierras indias quedaron estériles. La vegetación fue malherida por las nubes de gases sulfurados, conducidas por el viento y fijadas a la tierra por las continuas lloviznas que vienen del páramo. Se envenenaron las fuentes de los ríos. Frecuentemente estallan incendios apocalípticos que duran tres meses.

En 1974, se declararon en huelga los obreros de la mina, que son indígenas de la comunidad. Los obreros ganaron la huelga. La Celanese se comprometió a indemnizar a la comunidad por las tierras arrasadas. No pagó nada: «Si les damos dinero, comprarán armas para tumbar al gobierno». Y el gobierno violó el acuerdo autorizando la explotación del azufre a cielo abierto, que aumentará la contaminación.

Se desató entonces la persecución contra los militantes del CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca), que luchan «para que aprendamos a no dejarnos joder». Desde el fin de la huelga, cuarenta y cinco asesinatos. Ningún culpable fue castigado. Marzo del 74: Gustavo Mejía, fundador del CRIC, cae acibillado una noche de apagón, cuando sale a ver quién ha golpeado la puerta. Marzo del 79: Marcos Anibal Avirama, presidente del CRIC, recibe descargas de quinientos voltios en la sala de torturas. Los policías delirán y amenazan: «Te vamos a poner una inyección en las huevas para dejarte estéril y te haremos morder de una culebra que te duerma, y te metemos en un charco de peces para que te destruyan las

patas». Se forma Consejo de Guerra contra Marcos Anibal Avirama y otras víctimas. La alquimia de la justicia oficial convierte a las víctimas en culpables.

8 En la Amazonia, recrudescen la guerra contra los indios y los árboles.

En la Amazonia ecuatoriana, el petróleo desaloja a los indios *auca* de sus territorios históricos. Un helicóptero de la empresa petrolera sobrevuela la selva con un altoparlante que habla a los indios en su lengua: «Ha llegado la hora de partir. Ha llegado la hora de mudarnos a otras tierras». Los indios acatan la voluntad de Dios.

Se están vendiendo en lotes los bosques de los indios *campa*, el mayor grupo humano de la Amazonia peruana. En la Amazonia brasileña, los inmensos proyectos ganaderos y forestales de las empresas multinacionales están arrasando la selva. La Volkswagen ha comprado medio millón de hectáreas. Una sola empresa norteamericana es dueña de una superficie equivalente a Holanda. El más importante pulmón del mundo está siendo aniquilado; y con él los pueblos indígenas que habitan en este inmenso mundo verde.

Desde Ginebra, en 1979, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas lanza una advertencia: «A menos que cambien los planes del Gobierno del Brasil, se espera que la más numerosa de las tribus sobrevivientes de América del Sur dejará de existir en veinte años». La Comisión se refiere a los *yanomani*, que habitan la frontera entre Brasil y Venezuela. Se ha descubierto estaño y oro en la sierra de los Surucucus y en el valle de Uraricaá y los indios caen como moscas al contacto de las bacterias desconocidas que los

En Perú, país de mayoría indígena, el estado margina a la población más numerosa: el decreto-ley que reconoció hace seis años la lengua quechúa como oficial, junto al castellano, nunca ha sido aplicado y también se han olvidado las leyes que protegían las tierras de las comunidades indias.



LA CONQUISTA CONTINUA

invasores traen. Las huestes de Cortés y de Pizarro cabalgan todavía.

Había unos quince mil indios *nambiquara* a principios de siglo, desnudos en la selva de Mato Grosso y Rondonia. Sobreviven doscientos, todavía unidos «por el deber de compartir la comida». El obispo de Goiás, Tomás Balduino, alza su voz ante el Tribunal Russell: «Podrá parecer ridículo que estemos planteando el caso de estos poquitos hombres que duermen sobre la ceniza y cazan de arco y flecha». La mayoría ha muerto de gripe y malaria. Varias veces los han echado de sus bosques. Varias veces han regresado, en largas peregrinaciones hacia las sagradas orillas de los ríos donde residen los espíritus de sus antepasados. Desde los aviones, les arrojan desfoliantes de la Dow Chemical: el célebre «agente naranja», utilizado en Vietnam y prohibido en todas partes. Las tortugas deambulan, ciegas, por la floresta. «Podrá parecer ridículo», dice el obispo, «pero ellos son el símbolo de todos los indios condenados a muerte en nuestro continente».

No todos los sacerdotes católicos actúan como el obispo de Goiás. Los salesianos educan a los indios *aruaik* y *tukano* del río Negro para negarse a sí mismos y avergonzarse de lo que son. Llamen superchería a la religión no cristiana de los indios y llaman ignorancia a una cultura que no entienden. Prohíben las ceremonias, el culto de Jurupari y las flautas sagradas, los alucinógenos rituales, la lengua y las tradicionales casas multifamiliares. Los símbolos sagrados se convierten en piezas pintorescas en el Museo del Indio, en la ciudad de Manaus. Pero los dioses, pícaros, sobreviven en la clandestinidad.

9 En Panamá, la publicidad de la empresa del cobre llama «parias» a los indios *guaymí* y no les paga las tierras que les quita. En Canadá, los turistas son más importantes que los indios, que necesitan de permiso para la caza de castores en sus propias tierras.

El desprecio, ¿qué miedo esconde? ¿Qué fantasmas exorciza, qué pánicos? ¿Qué oscura amenaza irradian estos pueblos, porfiadamente vivos a pesar de tantas humillaciones y lastimaduras?

A fines del siglo pasado para justificar el despojo de las Black Hills, territorio sagrado de los *sioux*, el Congreso de los Estados Unidos expresó que «la propiedad comunitaria resulta peligrosa para el desarrollo del sistema de libre empresa». En 1887, el Gobierno de los Estados Unidos aprobó el Acta de Parcelación

(Allotment Act) contra las tierras comunitarias de los *hopi*.

En marzo de 1979, la dictadura del general Pinochet aprobó una nueva ley indígena destinada a convertir a los hijos de Caupolicán y Lautaro en minúsculos propietarios enemigos entre sí. ¿Qué fuerza tendría cada dedo, desprendido de la mano? «No estamos luchando», dice el representante de los indios mapuches, «por hacernos un lugarcito en la sociedad occidental». La dictadura chilena pretende romper una larga y peleadora tradición de modos colectivos de producción y de vida, para aislar y desamparar a los indios. Antes de cinco años, Pinochet espera «sanear» la propiedad rural mapuche e integrar sus tierras, de propiedad común y valor sagrado, al sistema de la libre competencia entre el zorro y las gallinas.

10 Como destacó la declaración final del jurado, son los países de mayoría indígena los que mejor delatan el carácter fraudulento de las estructuras de un estado que dice representar a todos mientras niega y margina a la población más numerosa.

En el Perú, un decreto-ley reconoció hace seis años a la lengua *quechua* como lengua oficial, en igualdad de condiciones con el idioma castellano. Nunca se aplicó; y a esta altura el decreto-ley ha muerto de su muerte. También yacen en el cementerio del olvido las leyes que protegían a las tierras de las comunidades.

La reforma agraria peruana de hace diez años había devuelto a los indios algunas tierras usurpadas. La comunidad de Cochapata, por ejemplo, recuperó cuatro predios en la región del Cuzco. Después, los usurpadores invadieron esas tierras y robaron las ovejas. Los comuneros recurrieron a la policía. La policía se cruzó de brazos. Cuando los comuneros intentaron recuperar su ganado, la policía entró a balazos. Hubo muertos y heridos. Los comuneros sobrevivientes serán llevados a Consejo de Guerra, acusados de ataque a las fuerzas armadas y a la tranquilidad pública.

En el Perú también han ocurrido casos de despojo en nombre de la reforma agraria. Para imponer por la fuerza criterios tecnocráticos ajenos a la práctica comunitaria, la guardia civil asaltó el pueblo indio de San Juan de Ondores. Hubo dos muertos y varios heridos.

Carlos Taype Campos viajó a Rotterdam para denunciar el robo de las tierras de la comunidad de Colcabamba por parte de terratenientes que

son, además, jueces, alcaldes y concejales. Pudo tomar el avión, en Lima, gracias a la presión de algunos diputados, pero la policía le arrancó el pasaje de vuelta y lo declaró exiliado. En Colcabamba, secuestran a los indios, los cuelgan de las muñecas, les hacen comer mierda. Los indios se defienden como pueden. Desde lo alto de los desfiladeros, arrojan panales de abejas al paso de la policía.

11 Los indios *quichés* que acudieron al tribunal desde Guatemala, dieron su testimonio sin mostrar la cara. Se encapucharon para que no los mataran al regreso. Todos los indios son culpables por el hecho de ser indios; y más culpables son los indios que no se callan. Pero además, esas máscaras de los *quichés*, herederos de los *mayas*, resultaban un símbolo perfecto: desde el lejano día en que Pedro de Alvarado irrumpió a caballo en Guatemala, los indios viven obligados a ocultar su verdadero rostro. Está prohibida la identidad cultural de la población más numerosa.

«Nuestros sacerdotes no pueden subir a las montañas para implorar a los dioses del maíz o de la tierra. Los militares sospechan que pedirán por el pueblo», dijeron los representantes de estas atormentadas y dulces gentes. En Guatemala no hay presos. Las cárceles están en los cementerios. Veinte muertos por día. Setenta dirigentes campesinos, indígenas en su mayoría, asesinados en 1980. En tierras de los *quichés*, se ha descubierto el mayor yacimiento de petróleo de América Central. El ejército —jefes mestizos, soldados indios— bombardea aldeas y desaloja comunidades para que exploren y exploten el petróleo la Texaco, la Hispanoil, la Getty Oil y otras empresas. A causa del petróleo, fueron quemados vivos los veintitrés campesinos indios que habían ocupado la embajada de España. Ellos querían denunciar al mundo lo que ocurre. La Prensa calla: en los últimos meses, trece periodistas han sido secuestrados y asesinados.

El pueblo guatemalteco, de inconfundible perfil indígena, no asiste cruzado de brazos al espectáculo de su propio exterminio. Se multiplican las mil y una formas de la resistencia. Nuevas manos recogen las armas de los caídos. La dictadura no está loca: mata para que el sistema sobreviva.

12 La legendaria Domitila, de las minas de estaño de Bolivia, lee ante el tribunal un testimonio directo de la reciente matanza en la mina de Caracoles. Cañones, morteros y bombas contra piedras, palos y cartuchos



Un tercio de las reservas de carbón de los Estados Unidos y la mitad de las reservas de uranio están en territorios que los tratados adjudicaron a los indios. El Gobierno borra ahora lo que firmó y las empresas mineras invaden las tierras.

de dinamita. A un minero le ataron la dinamita al cuerpo y lo hicieron volar en plena plaza. A los niños los hicieron comer pólvora y los arrastraron sobre vidrio molido.

La dictadura del general García Meza es la más reciente y cuenta de un infinito rosario de horrores que empezó con la conquista, pasó por el trabajo forzado en el cerro de plata de Potosí, devorador de carne india, y continúa en nuestros días, en las balceras de las madrugadas en los campos y en el acoso continuo contra las poblaciones mineras. Mujeres y hombres de culturas *quechua*, *aymara* y de otras nacionalidades indias siguen siendo la base sobre la que descansa toda la arquitectura del sistema.

Como en Guatemala, la ferocidad de la represión militar delata en Bolivia la tremenda magnitud de la amenaza popular. El sistema tiene sobrados motivos para sentirse en peligro. Esa inmensa mano de obra baratísima sigue estando a la altura de su bravía tradición.

Mientras la gran mayoría de los bolivianos continúan siendo tratados como extranjeros en el país de sus remotos antepasados, el general Banzer puso en venta las tierras más ricas, para que entraran los colonos racistas de África del Sur y Rhodesia. Un poder profundamente infectado de racismo difundió por el mundo avisos que ofrecían tierra boliviana con la imagen de un conquistador español del si-

glo XVI y con textos que empezaban afirmando: «La conquista no ha terminado...».

13 Durante una semana, desde Rotterdam, los pueblos indígenas han dado al mundo un curso intensivo de dignidad y de vida. De norte a sur, toda América es el escenario de la resistencia y la rebelión de los que han sido tratados, durante siglos, como «ladrillos útiles para construir casas ajenas». Así lo reconoce la declaración final del Tribunal Russell: «Contra la maquinaria universal de explotación económica y castración cultural, los indios de América ofrecen su lastimado, pero invicto mensaje civilizador...» ■ E. G.